

días de gloria dieron á la república? Miradlos confundidos entre el pueblo, retirados al seno de sus familias, vueltos á sus tareas pacíficas é industriales: unos ejerciendo el comercio, enseñando otros á la juventud; éste al frente de una fábrica de cerveza, aquel empleado como capataz de obreros en un modesto taller.

Grande, no hay que dudarlo, es la nación que ofrece estos ejemplos; pero mas grande aun debe ser su satisfacción, al ver que no ha peleado para cazar hombres, ni para unirlos al carro de un tirano. Ha empleado el hierro, es cierto; mas ha sido para destruir el hierro de la esclavitud, completando de este modo su magnífica obra de 1782.

Guiados por sí mismos los pueblos, nunca toman las armas como no sea en defensa de causas nobles y santas.

En el pasado siglo pelean como héroes los norte-americanos por su independencia: en el presente se batan con indomable energía por abolir entre ellos la servidumbre.

La cuestión de la esclavitud estaba latente, y un día ú otro debía ser causa de una guerra civil.

El triunfo del Sur envolvía de hecho la consagración del despotismo como sistema de gobierno: al vencer el Norte, afirmó para siempre la victoria de la razón sobre la fuerza bruta, del derecho sobre el privilegio, de la libertad sobre la tiranía.

La Union lo comprendió así, y todas las naciones respondieron á este sentimiento, mostrando la ansiedad con que seguían todas las fases de esa gigantesca lucha, en la cual se ventilaba una cuestión que no podía menos de afectar los intereses de la Europa entera.

Aquí debemos terminar estas ligeras consideraciones, encaminadas á preparar al lector para la historia que vamos á narrarle. Al emprender un trabajo de tal naturaleza, protestamos de las rectas intenciones que nos animan. La justicia y la imparcialidad guiarán solamente nuestra pluma. Con ánimo tranquilo y despojada la mente de todo espíritu de partido ó bandería, vamos á hacer una pintura fiel del pasado y presente de los Estados-Unidos: el porvenir lo tiene Dios escrito en el gran libro do consigna el destino de la humanidad.

LIBRO PRIMERO.

DESDE EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA,

HASTA EL ADVENIMIENTO AL TRONO DE INGLATERRA DE GUILLERMO III.

CAPÍTULO PRIMERO.

1492—1609.

PRIMITIVOS VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS.

Viajes de los hombres del Norte.—Vinlandia.—Cuáles eran los conocimientos que se tenían sobre esta materia en el siglo XV.—Cristóbal Colon.—Primeros años de su vida, su genio, sus trabajos y el éxito que tuvieron.—Descubrimiento de la América.—Origen de este nombre.—Américo Vespucci.—Viajes de Sebastian Cabot.—Cortereal.—Ponce de Leon.—Verrazzani.—Cartier.—Robertval.—De Soto.—Ribault, Melendez, De Gourgues.—Champlain.—Canadá Acadia, Nueva Francia.

No parecerá inverosímil que el continente occidental pudiera haber sido visitado casualmente por algunos aventureros antes de 1492. La época en que Colon lo dió á conocer á la Europa. Las investigaciones recientes practicadas en las antigüedades americanas, parecen haber demostrado con bastante certeza el hecho de que, hácia el año 1000 de Jesucristo, algunos de aquellos atrevidos navegantes conocidos por *hombres del Norte*, descubrieron casualmente una parte del continente de América, que llamaron *Vinlandia*; y puede haber sucedido que hicieran repetidos viajes á aquel país y aun también que estableciesen colonias en el nuevo mundo. Empero este descubrimiento y las pocas ó muchas visitas que hicieran á la región *Vinlandia*, no produjeron sensación en el mundo antiguo, y no tardó mucho en

sepultarse en el olvido cuanto guardaba relación con los *hombres del Norte* y sus viajes; además, como lo hace observar justa y juiciosamente Mr. Wheaton, «no hay ni asomo siquiera de razón para creer que el ilustre genovés tuviese noticia del descubrimiento de la América del Norte, debido á los normandos cinco siglos ántes de su época, aunque el hecho del descubrimiento aparezca en la actualidad auténticamente comprobado, por las investigaciones practicadas en los archivos de Islandia, á que hemos hecho referencia (*).»

(*) *Historia de los hombres del Norte, ó sean dinamarqueses y normandos, desde los tiempos primitivos hasta la conquista de Inglaterra por «Guillermo de Normandía:»* por «Enrique Wheaton, L. L. D., p. 31. El lector que desee mas pormenores los encontrará en la obra de Wheaton, de cuya lectura quedará satisfecho; así como en las «*Antigüedades Americanas*» publicadas por el Profesor Rafu, en 1837.

Bib.

Es positivo, cual lo sostiene Mr. Irving, «que al principio del siglo XV, cuando los mas privilegiados entendimientos se preocupaban en buscar por todas partes 1400. las desparramadas luces de los conocimientos geográficos, reinaba entre los sábios la mas profunda ignorancia respecto á las regiones occidentales del Atlántico: miraban con miedo y admiracion aquellos estensos mares, que parecían ser los límites del universo, constituyendo un caos impenetrable á toda conjetura, y donde imposible fuera que osara aventurarse empresa alguna.» (*)

Muy pocos eran los que en aquel tiempo se atrevían á pensar, ni aun en sueños, en lanzarse por el vasto y tempestuoso Océano; y no es probable que hubiera alma viviente que se imaginase nunca la existencia de aquellas vastas regiones, situadas mas allá del Atlántico. Es positivo que muchos pensarían, y pensarían profunda y seriamente, en tales cosas; siéndonos permitido creer que muchos anhelasen conocer aquello, en que la simple suposición de que pudiera ser conocido con el tiempo por mortal alguno, casi se consideraba como una presunción temeraria. Empero no hubo ningun hombre que se determinara resueltamente y con una intrepidez inflexible, que no nos fuera dable apreciar en la actualidad, á arriesgarse en aquellos ignotos é intransitados mares, hasta que surgió el ilustre, entusiasta y magnánimo Cristóbal Colon, destinado á fijar su mirada en el Occidente, abriendo para siempre el paso al nuevo mundo.

(*) *Vida y viajes de Colon*, por Irving, tomo I, pág. 20. Como prueba de la opinion antedicha, cita el autor un párrafo de Xerif-al-Edrisi, distinguido escritor árabe, que es una elucidacion esmerada de las miras y sentimientos de los hombres instruidos de aquella época.

Nació este grande hombre en la ciudad de Génova, hácia el año 1435, y tuvo dos hermanos y una hermana de menor edad. Sus padres, aunque pobres, 1435. pudieron costearle en la universidad de Pavia la enseñanza del latin, de la geometría, cosmografía, astronomía y dibujo. Rápidos y brillantes fueron sus adelantos en todas estas ciencias. Empeñado en seguir la profesion de marino, embarcóse á la temprana edad de catorce años, en compañía de un bravo capitán compatriota suyo, recorriendo con él, una tras otra, todas las partes del mundo entonces conocido.

Después de muchos años de aventuras y fortuna varia, en 1470 pasó Colon á Lisboa, ciudad que en aquella época, 1470. merced á la sagacidad y excelente política del príncipe Enrique de Portugal, estaba reputado como el primer puerto mercantil de Europa.

Poco tiempo después, casó Colon con la hija de un distinguido marino, que falleciera algunos años antes.

Revolviase en el activo y ardoroso espíritu de Colon, la idea de alcanzar las ricas y atractivas Indias Orientales, navegando directamente por el Océano occidental. Antes, las mercancías del remoto Oriente llegaban por tierra, siendo el viaje tan largo, como caro y penoso. Si podia abrirse otro camino, especialmente por mar, y acortarse la distancia como generalmente entonces se creia posible en direccion occidental, era indudable que la nacion que lograra buen éxito en la empresa, alcanzaria gran poderío é inauditas riquezas.

Colon estaba cierto de que, siendo la tierra esférica, quien arrumbase hácia el Occidente, llegaría con el tiempo á las regiones de Oriente, descubriendo también las islas ó naciones

que pudieran existir situadas entre Europa y Asia. Cuanto mas reflexionaba sobre esta materia, mayor seguridad adquiría en sus ideas, y cuando ya hubo llegado á una conclusion terminante, esta se fijó en su mente de un modo inalterable. Desde entonces, su único anhelo fué proporcionarse los recursos necesarios para hacer patente lo que habia de verdad en sus convicciones, llevando á cabo la navegacion por el Océano Atlántico, para descubrir la tierra de Cathay, ó las mas occidentales regiones del Asia. «Cosa singular es, en efecto, cual lo hace notar Mr. Irving, cuán afortunadamente contribuyeron al buen éxito de esta grande empresa dos errores: la estension imaginaria del Asia hácia el Oriente, y la supuesta pequeñez de la tierra; errores ambos en que incurrieron los mas sábios y profundos filósofos, y sin los cuales, no obstante, hubiérase difícilmente arriesgado Colon á acometer semejante empresa.» (*)

Es positivo que el ilustre genovés ofreció primero sus servicios á Juan II, rey de Portugal; pero viéndose defraudado en sus esperanzas, y menospreciado por aquel soberano y sus consejeros, á lo cual se añadía la circunstancia de haber perdido á su mujer algun tiempo antes, tomó el partido, en 1484, de abandonar Portugal, llevando consigo á su hijo Diego. Trasládose Colon inmediatamente á España, entablado sus pretensiones en la corte de Fernando é Isabel. Ni los enojosos años que trascurrieron, aguardando un resultado favorable á sus instancias en la corte del indiferente y calculador Fernando, ni la frialdad con que fué acogido, ni los desaires que recibió, ni los desdenes y sonrisas de desprecio de que fué objeto, ni

(*) *Vida y viajes de Colon*, por Irving, tom. I, pág. 53.

las absurdas preocupaciones y la presuntuosa ignorancia, con las cuales hubo de luchar, motivos todos suficientes para apurar la paciencia de un hombre menos resuelto y determinado que Colon; nada de esto, repetimos, pudo hacerle desmayar en su propósito, y jamás abandonó el gran proyecto que concibiera é intentaba llevar á cabo. Tanta constancia é intrepidez obtuvieron finalmente su justa recompensa.

«Recuerden, pues, los que estén próximos á acobardarse ante las dificultades con que tropiecen en la prosecucion de alguna empresa grande y honrosa, que trascurrieron diez y ocho años desde que Colon concibió la suya, hasta que se vió habilitado para llevarla á efecto; recuerden que la mayor parte de aquel tiempo la pasó solicitando, casi sin esperanza, sumido en la pobreza, olvidado y ridiculizado; que consumió la primavera de su vida en aquella lucha, y que, cuando últimamente vino el éxito á coronar su perseverancia, frisaba en los cincuenta y seis años. Su noble ejemplo debiera servir de estímulo, para que nunca desmayasen en su propósito los que grandes empresas concibieran.» (*)

Gracias á los impulsos generosos de la magnánima Isabel, y al auxilio material de la familia de los Pinzones, Colon 1492. estuvo habilitado y pronto para embarcarse y emprender su arriesgado viaje, el viernes 3 de agosto de 1492.

Constaba la espedicion únicamente de tres carabelas: la *Santa Maria*, la *Pinta* y la *Niña*. Habiéndose salvado Colon de los violentos temporales que sufrió en su travesía, tuvo la inmensa satisfaccion de descubrir tierra el viernes 12 de octubre de 1492. El gran misterio del Océano dejó de serlo para

(*) *Vida y viajes de Colon*, por Irving, tom. I, pág. 118.

él; la teoría que para los hombres mas entendidos y sábios no habia sido sino objeto de despreciadora burla, quedaba triunfalmente establecida. Colon acababa de alcanzar una gloria tan duradera como lo fuera el mundo. La tierra descubierta era la isla de Guanahani, llamada actualmente *Isla del Gato*, una de las Bahamas (*), á la cual dió Colon el nombre de *San Salvador*, en señal de su agradecimiento al Todopoderoso.

No nos proponemos hablar ahora de los últimos é importantes viajes y descubrimientos de Colon, así como de la varia fortuna que en ellos le cupo; solo añadiremos, que la envidia, la calumnia, la injusticia y la crueldad, llenaron de amargura los postreros dias de su existencia. Privado del honor de dar su nombre al nuevo mundo que habia descubierto, y que tan justamente le era debido; perdidas las esperanzas de toda reparacion, por haber acaecido en 1504 el fallecimiento de su protectora y constante amiga, la bondadosa reina Isabel, murió Colon en Valladolid el 20 de mayo de 1506, en paz con el mundo, y fortalecido cuando llegó su última hora por el consuelo y la esperanza que le ofreció la religion cristiana. El egoista Fernando, mandó erigir un monumento para perpetuar su memoria, con este lema tomado de la cota de malla de Colon: A CASTILLA Y Á LEON NUEVO MUNDO DIÓ COLON.

Empero, semejante monumento en nada acrecentaba la fama de que gozaba ya aquel insigne hombre, y simplemente ha servido para transmitir á la posteridad el carácter y proceder de Fernando, dándole á conocer como un rey insensible y desagradecido.

(*) Mr. Georges Gibbs, en una interesante memoria leida ante la Sociedad Histórica de Nueva-York, el 6 de octubre de 1846, presenta varias razones convincentes, que inducen á creer fuese la *Isla del Gran Turco* la primera en que tocó Colon. Este trabajo nos parece digno de ser examinado.

El nombre de AMÉRICA, que se dió á una parte del continente occidental, poco tiempo despues de su descubrimiento, y que ya se ha hecho inalterable, provino de un viaje que emprendió y llevó á efecto un distinguido navegante florentino, llamado Amerigo Vespucci, quien escribió varias cartas en latin á Lorenzo de Médicis, de las cuales se imprimió una en 1505, siendo esta la primera de sus narraciones de viaje que vió la luz pública. Vespucci escribió tambien otra desde Lisboa, con fecha 4 de setiembre de 1504, dirigida á René, duque de Lorena, en la cual pretendia que él habia descubierto el principal continente en 1497 (*). Ahora bien, como Vespucci era un hombre muy erudito y de superior ilustracion, y su nombre corria públicamente enlazado con el nuevo mundo, como descubridor del continente, por mas que no fuese el primero que tocó en tierra firme, puesto que Colon, Cabot y otros le habian ya precedido, sucedió que un famoso cosmógrafo, Martin Waldseemüller, de Friburgo, patronizado por René, tuvo por conveniente, en 1507, dar el nombre de América al nuevo mundo. De las obras geográficas de Waldseemüller, quien se aplicó á sí propio el título *Hylacomylas*, formado del griego, llegaron á hacerse numerosas ediciones, y de este modo fué propagándose el nombre de América en casi todo el mundo civilizado, y así quedará, aunque acaso no habrá persona alguna que pueda comprimir un suspiro de pesar, recordando la injusticia de que fué víctima Colon.

El portentoso descubrimiento del nuevo

(*) Mr. C. E. Lester (*Vida y viajes de Americus Vesputius*, págs. 93-108), arguye en favor del primitivo viaje, que pretendió áquel haber hecho en 1497; pero Mr. Irving ha refutado victoriosamente esta asercion, y su autorizado dictámen es el que hemos seguido en el texto. (Véase *Vida de Colon*, tomo III, págs. 330-345).

mundo despertó en Inglaterra la afición á las empresas marítimas, y á uno de sus hijos pertenece sin duda la gloria de haber sido el primero que arribó al continente de la América del Norte. Todavía no habia alcanzado Inglaterra la preeminencia en las expediciones navales que supo adquirir despues. Largas guerras civiles habian agotado sus recursos é impedido el desarrollo de esa activa energía é intrépida perseverancia, que han sido desde entonces el carácter distintivo de los naturales de Inglaterra en el Océano. Empero, cuando se supo en aquel pais lo que habia hecho Colon, Enrique VII, monarca astuto y económico, se preparó desde luego para entrar en competencia por las posesiones que pudieran descubrirse en el nuevo mundo. Apresuróse, pues, á aceptar el ofrecimiento que le hizo Juan Cabot, mercader veneciano (*), residente en Bristol, de armar, equipar y tripular varios buques destinados á los descubrimientos que pudieran hacerse en cualquier paraje situado al norte de la derrota primitiva que trazó Colon. Así que, por real cédula firmada en Westminster, el 5 de marzo de 1496, quedó autorizado Cabot y sus tres hijos, Luis, Sebastian y Sancius, «para hacerse á la vela con direccion á todos los puntos, comarcas y mares del Oriente, del Occidente y del Norte, bajo nuestra bandera é insignias, con cinco bajeles, de cualquiera carga ó cabida

que sean, y con tantos marineros ú hombres como quieran llevar consigo en dichos bajeles, á su propia costa y cargo, para buscar, descubrir y encontrar cualesquiera islas, comarcas, regiones ó provincias de los salvajes idólatras é infieles, sean las que fueren, y en cualquiera parte del mundo donde puedan existir, y que hayan sido ignoradas antes de ahora de todos los cristianos.» (*)

Dióse á la vela esta expedicion, al mando de Sebastian Cabot, natural de Bristol, en Inglaterra, y el 24 de junio de 1497 descubrieron tierra, que era parte de la costa de Labrador, y la llamaron *Prima Vista*: vieron tambien una isla que denominaron *Isla de San Juan*, en conmemoracion del dia en que fué descubierta. Estaba «llena de osos blancos y de ciervos, mucho mayores que los de Inglaterra.» (**)

Frustrada su esperanza de encontrar un camino noroeste para pasar á la tierra de Cathay, ó á las Indias, el pais de los portentos y maravillas que refiere Marco-Polo, regresó Cabot á Inglaterra. No obstante, hizo un segundo viaje á América, del cual apenas quedan pormenores. Al efectuar el tercero en 1517, Cabot entró indudablemente en la bahía de Hudson, y llegó hasta los sesenta y siete grados de latitud norte; mas aterrada su tripulacion ante la vista de inmensos bancos de hielo en el mes de julio, clamaron todos por el regreso, y aunque de mala gana, volvió Cabot á Inglaterra. A pesar de sus muchas y diversas aventuras, murió este insigne navegante en la ciudad de Londres, de edad bastante avanzada. Su vida ofrece una leccion instructiva, que demuestra la inestabilidad de las grandezas humanas, pues aunque dió un continente á Inglaterra,

(*) Charlevoix (*Viajes, etc.*, en 1720), hace presente una circunstancia relacionada con los primitivos descubrimientos hechos en América, que merece recordarse: «No puedo prescindir, dice, de hacer de paso una observación. Es muy glorioso para Italia, que las tres potencias entre las cuales está repartida actualmente casi toda la América, deban á italianos sus primitivos descubrimientos: la España á Colon, genovés; la Inglaterra á Juan Cabot y sus hijos, venecianos; la Francia á Verrazani, ciudadano de Florencia.»

(*) *Viajes y descubrimientos*, por Hakluyt, tomo III, pág. 6.

(**) Véase *Vida de Sebastian Cabot*, por Hayward, pag. 8.